

**CUENTOS de ARODIO-EL-EFO**

**HISTORIA**

DE

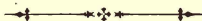
**JUANILLO**

Y DE

**SUS AVENTURAS**

CON EL

**NEGRO HORQUETA**



**LA PLATA**

**LUIS ZUFFEREY, EDITOR**

*Calle 7 entre 49 y 50, N<sup>o</sup> 859*

1893

1 50-8

---

*Esta obra es propiedad del editor  
y del autor que suscribe y po-  
nen sus derechos al amparo del  
decreto de 30 de Diciembre de  
1823. Cada ejemplar, para ser  
genuino, llevará la firma del  
autor.*

---

*N.º 637.*

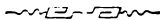
*Prodiel E. P.*

# HISTORIA DE JUANILLO

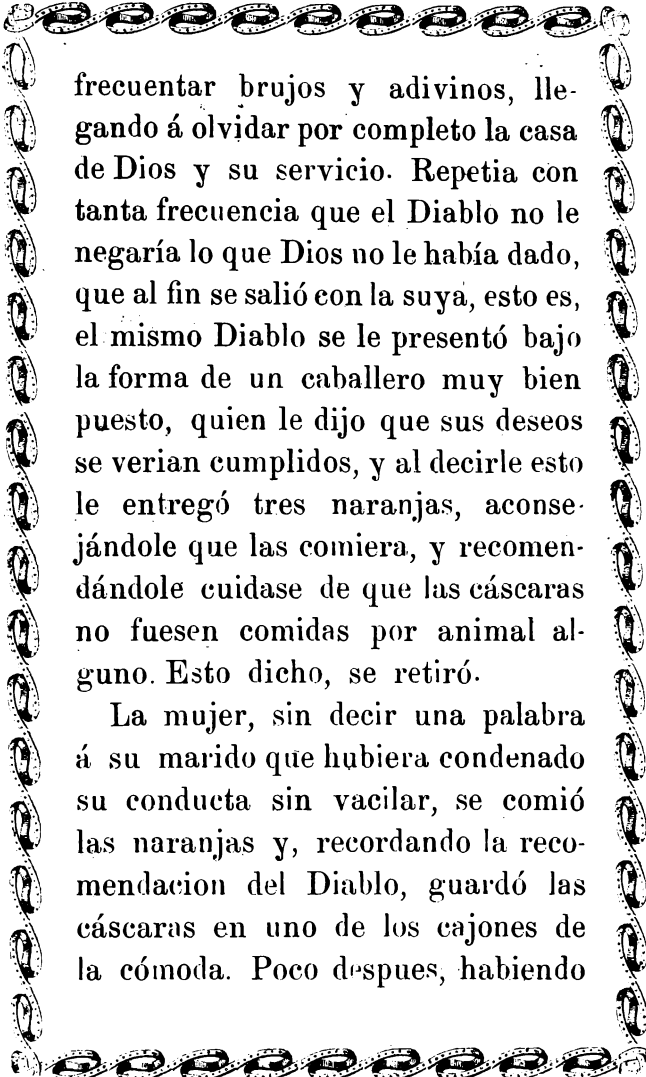
Y DE

SUS AVENTURAS

CON EL NEGRO HORQUETA



**C**ERCA de una aldea, cuyo nombre no recuerdo, vivía un matrimonio que hubiera sido muy feliz si Dios le hubiera dado hijos. Perdiendo cada vez mas las esperanzas de tenerlos, el carácter de la mujer se había ido agriando hasta el punto de hacerse una renegada en hechos y en palabras, todo lo cual hacía que su pobre esposo pasase una vida bien triste. Lo peor del caso es que la mujer se había dado á



frecuentar brujos y adivinos, llegando á olvidar por completo la casa de Dios y su servicio. Repetia con tanta frecuencia que el Diablo no le negaría lo que Dios no le había dado, que al fin se salió con la suya, esto es, el mismo Diablo se le presentó bajo la forma de un caballero muy bien puesto, quien le dijo que sus deseos se verian cumplidos, y al decirle esto le entregó tres naranjas, aconsejándole que las comiera, y recomendándole cuidase de que las cáscaras no fuesen comidas por animal alguno. Esto dicho, se retiró.

La mujer, sin decir una palabra á su marido que hubiera condenado su conducta sin vacilar, se comió las naranjas y, recordando la recomendacion del Diablo, guardó las cáscaras en uno de los cajones de la cómoda. Poco despues, habiendo

ella salido á visitar á una bruja, su amiga, el marido abrió, por casualidad, un cajon de la cómoda y viendo aquellas cáscaras que manchaban la ropa, las tomó y las arrojó por la ventana, siendo comidas por la yegua que volvía del campo y entraba en el establo.

Algun tiempo despues, la mujer tuvo un hijo que se llamó Juan, ó mas bien Juanillo, como siempre le dijeron, y el mismo dia á igual hora la yegua tuvo un potrillo, que él padre destinó desde ya para su hijo.

Juanillo era un muchacho muy bueno, y se hacía querer de todos los que le conocian por la bondad de su carácter y la nobleza de sus sentimientos. Su padre le quería mucho; pero su madre, que tanto había deseado tener un hijo, parecía mirarle con aversion. Ella no podía

tolerar que su hijo fuera tan buen cristiano como su padre, y que con frecuencia la preguntase porque ella no iba á misa como todo el mundo y no rezaba ni por la mañana ni por la noche al acostarse.

El potrillo, que nació junto con Juanillo, se había vuelto un lindísimo caballito que no crecía con la rapidez que crecen los caballos generalmente. Juanillo aprendió á andar sobre él casi tan pronto como supo caminar, y desde entónces no se pasaba dia sin que diera su paseo, montado en su potrillo como todos le llamaban. Cuando tuvo edad para ir á la escuela, era en su potrillo que andaba las treinta cuabras que habia de camino, y era particular la inteligencia con que el potrillo obedecia la menor seña de Juanillo.

Todo anduvo muy bien hasta que

Juanillo cumplió los quince años; pero entónces murió su padre y comenzó una série de alegatos entre el hijo que quería convertir á la madre, y la madre que trataba de pervertirle. Por fin, la madre no pudiendo tolerar la vista de su hijo, deseó se le apareciese el Diablo para que la librára de él. Este vino, la reconvinó de que no hubiese tenido mas cuidado con las cáscaras, y la dijo que nada se podría hacer mientras Juanillo no matára al potrillo con sus propias manos. El Diablo habló mas con la mujer, y despues sabremos lo que arreglaron.

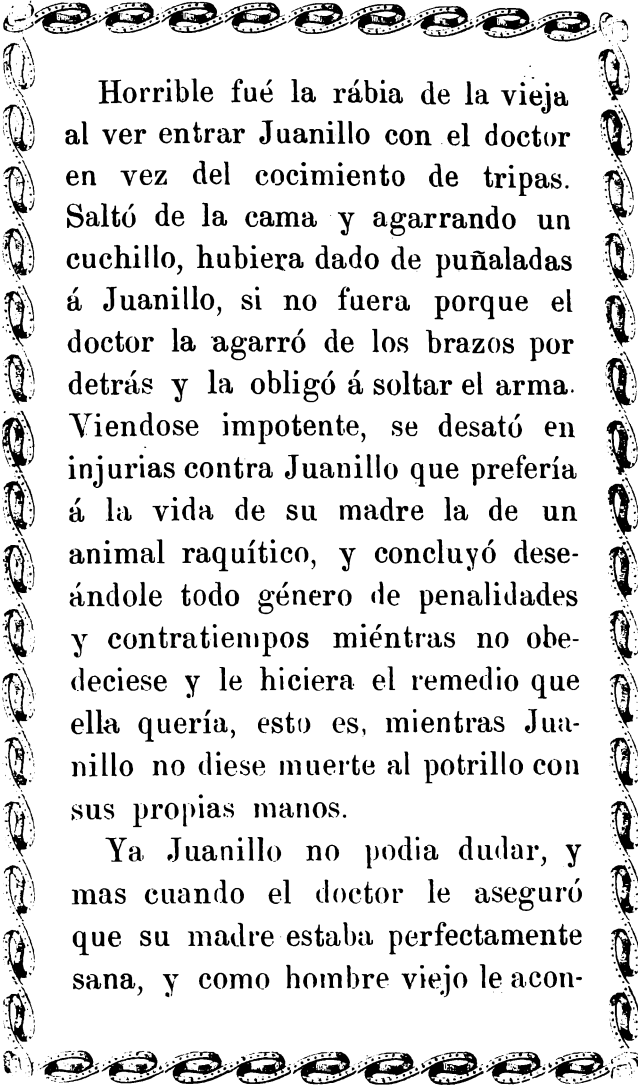
Juanillo frecuentaba todavia su escuela, y esa tarde al ir á montar su potrillo, le pareció que daba muestras de agitacion. Juanillo tenía costumbre de hablar á su potrillo, como todos lo hacemos con los animales

que queremos, así es que viéndole agitado le dijo: “¿Qué tienes, potrillo mio, que te sucede?” — Con gran asombro de Juanillo, el potrillo le respondió: “Estoy con cuidado, porque te amenaza una gran desgracia. El Diablo ha estado hoy en tu casa, porque tu madre quiere deshacerse de tí, y no lo conseguirá mientras yo no reciba la muerte de tu mano. Quién sabe lo que ella puede inventar para que tú te resuelvas á matarme. Lo mejor es que no vuélvas mas á tu casa.”

Aunque el hecho de haber hablado su potrillo, era asombroso para Juanillo, y era prueba suficiente de que su madre intentaba algo, no quizo dejar de asegurarse de la verdad. Corrió á su casa y encontró á su madre en cama y al parecer muy enferma. — “¿Qué tiene Vd.,



mamá?" le preguntó. "Ay! hijito", dijo la vieja, fingiendo un cariño que estaba lejos de sentir; "estoy muy mala, y el doctor don Gaspar, que vino á verme, dice que moriré si no se me dá, esta misma noche, un baño con un cocimiento de intestinos de caballo de quince años." Juanillo conocía que su madre no le quería, pero siendo él buen cristiano, no quería creer en la perversidad de otros sin tener pruebas muy claras. Sin decir una palabra á la vieja, que creyó que había salido para matar su potrillo, Juanillo corrió á casa de don Gaspar y le preguntó si había estado á ver á su madre. Como don Gaspar le dijo que nó, pensó que tal vez su madre tendría delirio y que no sabría lo que le había dicho, así fué que volvió á su casa llevando el médico.



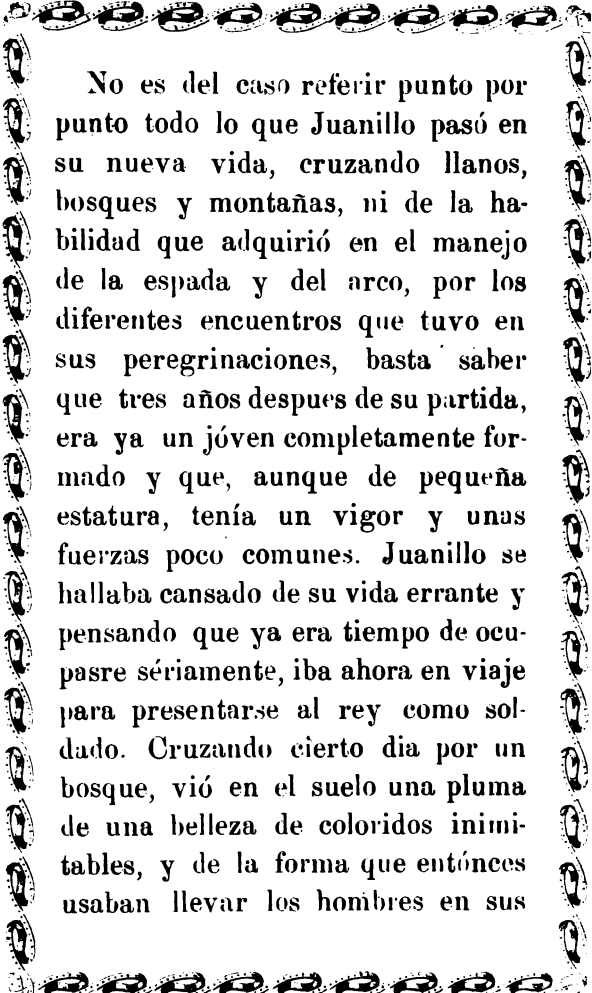
Horrible fué la rábia de la vieja al ver entrar Juanillo con el doctor en vez del cocimiento de tripas. Saltó de la cama y agarrando un cuchillo, hubiera dado de puñaladas á Juanillo, si no fuera porque el doctor la agarró de los brazos por detrás y la obligó á soltar el arma. Viendose impotente, se desató en injurias contra Juanillo que prefería á la vida de su madre la de un animal raquítico, y concluyó deseándole todo género de penalidades y contratiempos miéntras no obediese y le hiciera el remedio que ella quería, esto es, mientras Juanillo no diese muerte al potrillo con sus propias manos.

Ya Juanillo no podia dudar, y mas cuando el doctor le aseguró que su madre estaba perfectamente sana, y como hombre viejo le acon-

scjó que se fuera á rodar tierras desde que ninguna falta hacía allí, siendo su madre bien rica en bienes de fortuna para poder pasarse en todo tiempo sin su ayuda. Juanillo juntó este consejo con lo que el potrillo le dijera algunas horas antes y aunque era ya noche cerrada, montó en él y se alejó de su casa, con el corazon oprimido al abandonar aquellos lugares que encerraban todos los recuerdos de su niñez. No obstante la oscuridad de la noche, se aproximó al cementerio; echó pié á tierra cuando estuvo allí, y trepando ágilmente uno de los altos muros, penetró adentro y fué á arrodillarse sobre la tumba de su padre. Oró largo rato y fervorosamente, levantándose despues con el corazón mas tranquilo. Salió despues del cementerio, como había

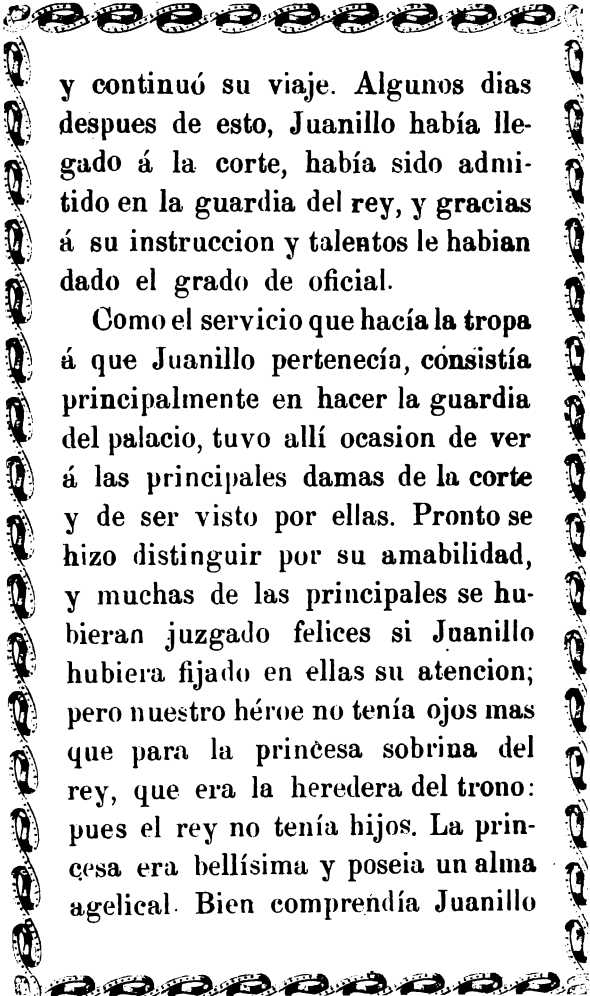
entrado, y subiendo á caballo continuó su camino.

Viajó toda la noche, y al amanecer el dia se hallaba á mas de quince leguas de su casa y bien fatigado de su larga jornada. Llevaba por fortuna algun dinero y con él pudo entrar en una fonda y procurarse algo que comer y una buena racion de maiz para su potrillo. Viendo sin embargo que despues de pagar todo, solo le quedaban algunos reales, resolvió viajar por el campo sin llegar á las ciudades, pues de ese modo podría vivir él de lo que cazára con sus flechas, y su potrillo de los pastos que Dios siembra en las llanuras. Por lo que respeta á cama en que dormir, llevaba una magnífica en sus apéros de ensillar, y en cuanto á dormitorio ¿qué dormitorio hay que pueda compararse con la bóveda celeste?



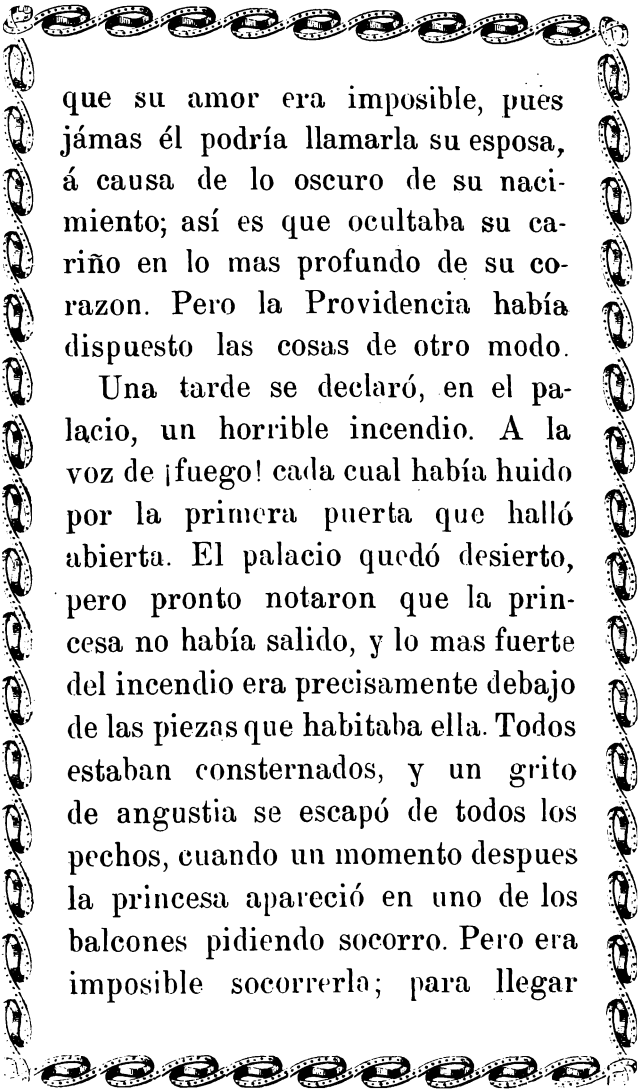
No es del caso referir punto por punto todo lo que Juanillo pasó en su nueva vida, cruzando llanos, bosques y montañas, ni de la habilidad que adquirió en el manejo de la espada y del arco, por los diferentes encuentros que tuvo en sus peregrinaciones, basta saber que tres años despues de su partida, era ya un jóven completamente formado y que, aunque de pequeña estatura, tenía un vigor y unas fuerzas poco comunes. Juanillo se hallaba cansado de su vida errante y pensando que ya era tiempo de ocuparse sériamente, iba ahora en viaje para presentarse al rey como soldado. Cruzando cierto dia por un bosque, vió en el suelo una pluma de una belleza de coloridos inimitables, y de la forma que entónces usaban llevar los hombres en sus

sombreros. Verla y no bajarse á recogerla parecía imposible. Apéose pues y la tomó; pero ¡cosa extraña! su potrillo, que no había vuelto á hablar desde el dia en que le aconsejó huir de su casa, habló otra vez, diciéndole: “Mejor sería, Juanillo, que dejáras esa pluma donde está, porque ella tal vez te acarrée sérios trabajos en el futuro.” Bien que asombrado, Juanillo le respondió: “Me da mucho gusto que vuélvas á hablarme, pero sería una tontera dejar aquí esta pluma que me viene tan bien ahora que voy á ser soldado. Yo no veo que mal pueda sucederme de que la recoja.” — “Has lo que gústes,” dijo el potrillo; “tal vez está escrito que pases los trabajos que preveo; pero recuerda lo que te he dicho.” Juanillo, sin contestar, puso la pluma en su sombrero



y continuó su viaje. Algunos dias despues de esto, Juanillo había llegado á la corte, había sido admitido en la guardia del rey, y gracias á su instruccion y talentos le habian dado el grado de oficial.

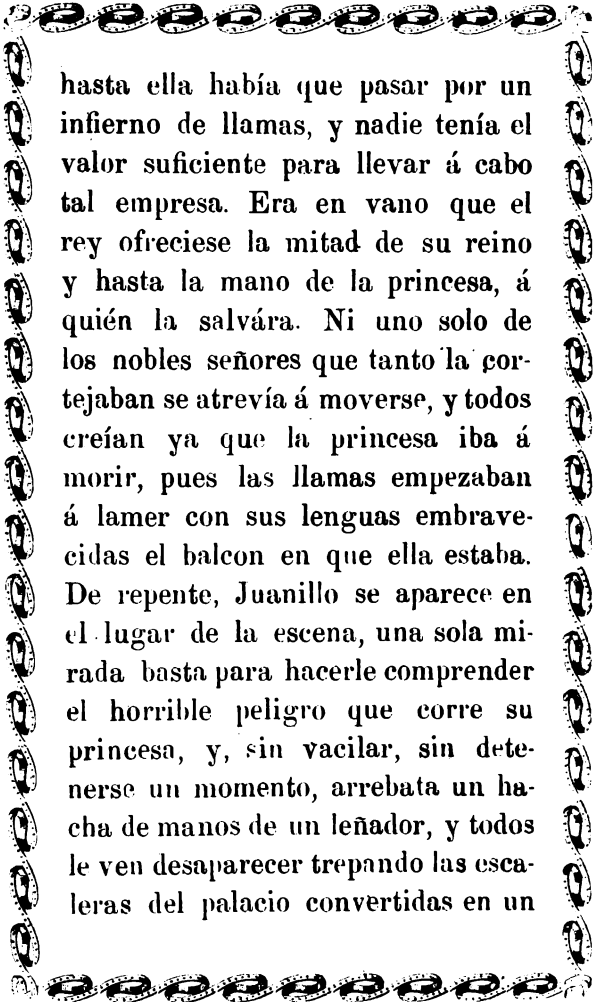
Como el servicio que hacía la tropa á que Juanillo pertenecía, consistía principalmente en hacer la guardia del palacio, tuvo allí ocasion de ver á las principales damas de la corte y de ser visto por ellas. Pronto se hizo distinguir por su amabilidad, y muchas de las principales se hubieran juzgado felices si Juanillo hubiera fijado en ellas su atencion; pero nuestro héroe no tenía ojos mas que para la princesa sobrina del rey, que era la heredera del trono: pues el rey no tenía hijos. La princesa era bellísima y poseia un alma agelical. Bien comprendía Juanillo

A decorative border of a film strip surrounds the text. The film strip is black with white sprocket holes and a white path, winding around the page.

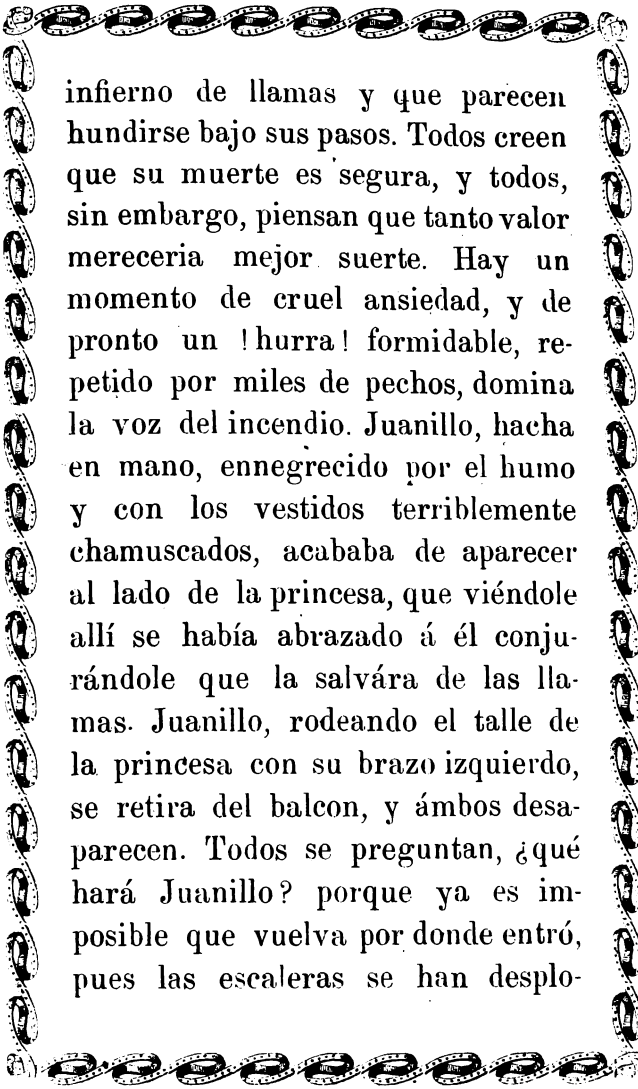
que su amor era imposible, pues jamás él podría llamarla su esposa, á causa de lo oscuro de su nacimiento; así es que ocultaba su cariño en lo mas profundo de su corazón. Pero la Providencia había dispuesto las cosas de otro modo.

Una tarde se declaró, en el palacio, un horrible incendio. A la voz de ¡fuego! cada cual había huido por la primera puerta que halló abierta. El palacio quedó desierto, pero pronto notaron que la princesa no había salido, y lo mas fuerte del incendio era precisamente debajo de las piezas que habitaba ella. Todos estaban consternados, y un grito de angustia se escapó de todos los pechos, cuando un momento despues la princesa apareció en uno de los balcones pidiendo socorro. Pero era imposible socorrerla; para llegar

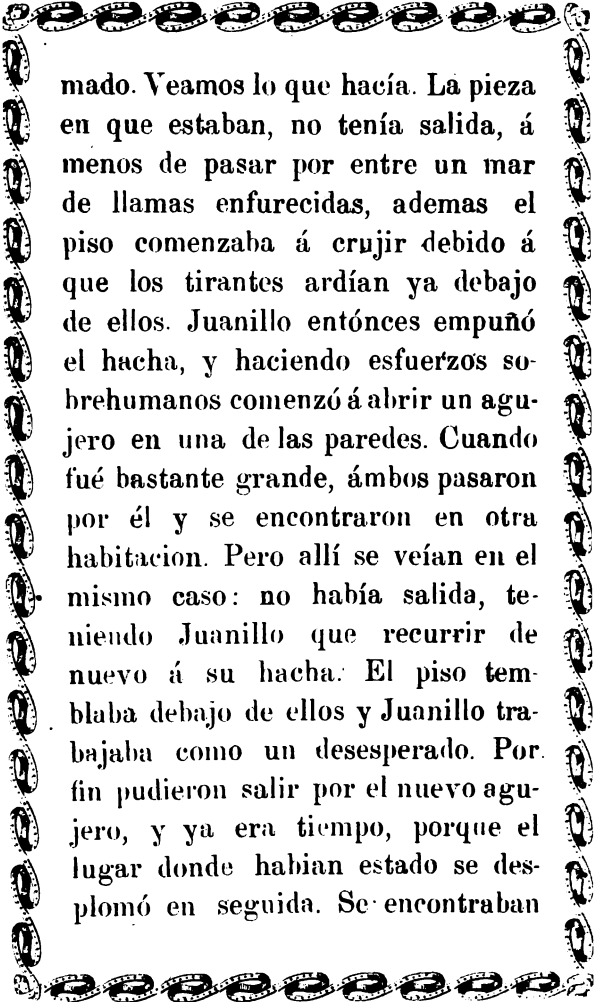




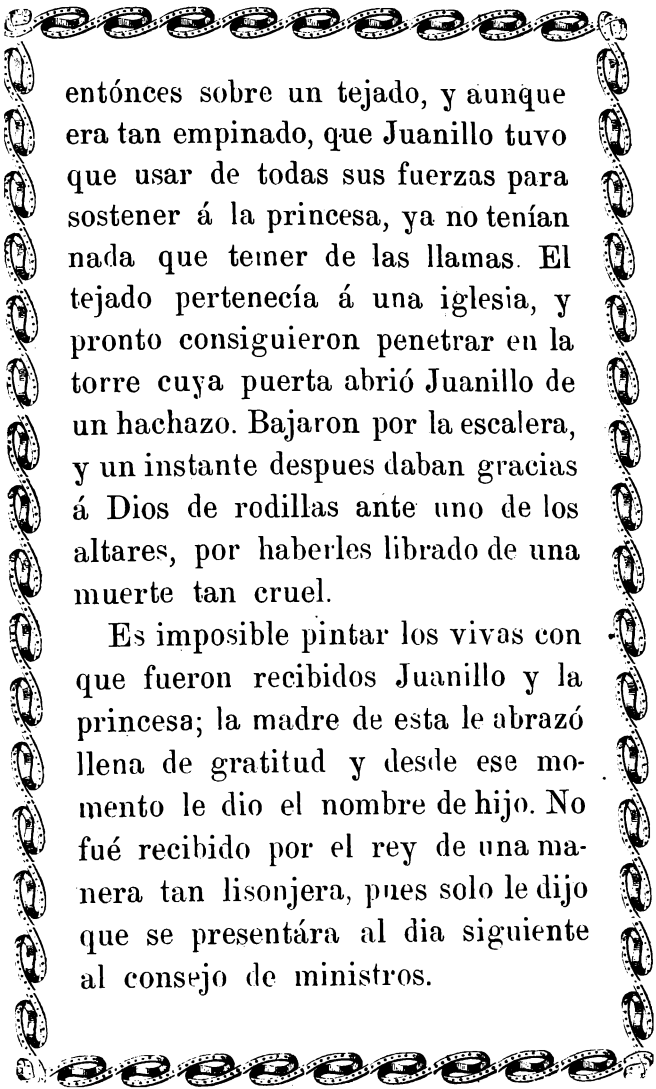
hasta ella había que pasar por un infierno de llamas, y nadie tenía el valor suficiente para llevar á cabo tal empresa. Era en vano que el rey ofreciese la mitad de su reino y hasta la mano de la princesa, á quién la salvára. Ni uno solo de los nobles señores que tanto la cortejaban se atrevía á moverse, y todos creían ya que la princesa iba á morir, pues las llamas empezaban á lamer con sus lenguas embravecidas el balcon en que ella estaba. De repente, Juanillo se aparece en el lugar de la escena, una sola mirada basta para hacerle comprender el horrible peligro que corre su princesa, y, sin vacilar, sin detenerse un momento, arrebató un hacha de manos de un leñador, y todos le ven desaparecer trepando las escaleras del palacio convertidas en un



infierno de llamas y que parecen hundirse bajo sus pasos. Todos creen que su muerte es segura, y todos, sin embargo, piensan que tanto valor merecería mejor suerte. Hay un momento de cruel ansiedad, y de pronto un !hurra! formidable, repetido por miles de pechos, domina la voz del incendio. Juanillo, hacha en mano, ennegrecido por el humo y con los vestidos terriblemente chamuscados, acababa de aparecer al lado de la princesa, que viéndole allí se había abrazado á él conjurándole que la salvára de las llamas. Juanillo, rodeando el talle de la princesa con su brazo izquierdo, se retira del balcon, y ámbos desaparecen. Todos se preguntan, ¿qué hará Juanillo? porque ya es imposible que vuelva por donde entró, pues las escaleras se han desplo-

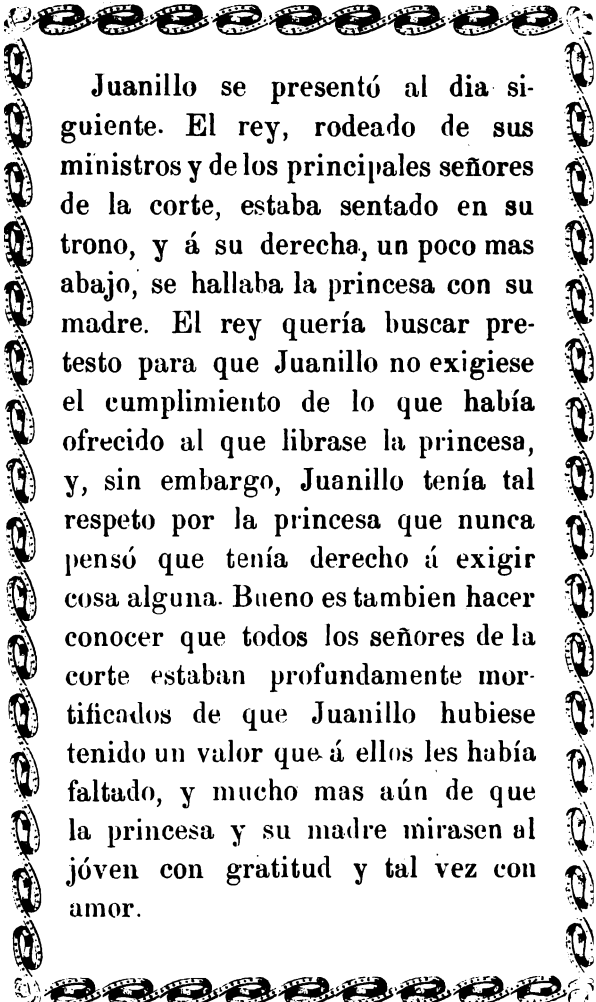


mado. Veamos lo que hacía. La pieza en que estaban, no tenía salida, á menos de pasar por entre un mar de llamas enfurecidas, además el piso comenzaba á crujir debido á que los tirantes ardían ya debajo de ellos. Juanillo entónces empuñó el hacha, y haciendo esfuerzos sobrehumanos comenzó á abrir un agujero en una de las paredes. Cuando fué bastante grande, ámbos pasaron por él y se encontraron en otra habitacion. Pero allí se veían en el mismo caso: no había salida, teniendo Juanillo que recurrir de nuevo á su hacha. El piso temblaba debajo de ellos y Juanillo trabajaba como un desesperado. Por fin pudieron salir por el nuevo agujero, y ya era tiempo, porque el lugar donde habian estado se desplomó en seguida. Se encontraban

A decorative border of a film strip with sprocket holes, framing the text.

entónces sobre un tejado, y aunque era tan empinado, que Juanillo tuvo que usar de todas sus fuerzas para sostener á la princesa, ya no tenían nada que temer de las llamas. El tejado pertenecía á una iglesia, y pronto consiguieron penetrar en la torre cuya puerta abrió Juanillo de un hachazo. Bajaron por la escalera, y un instante despues daban gracias á Dios de rodillas ante uno de los altares, por haberles librado de una muerte tan cruel.

Es imposible pintar los vivos con que fueron recibidos Juanillo y la princesa; la madre de esta le abrazó llena de gratitud y desde ese momento le dio el nombre de hijo. No fué recibido por el rey de una manera tan lisonjera, pues solo le dijo que se presentára al dia siguiente al consejo de ministros.

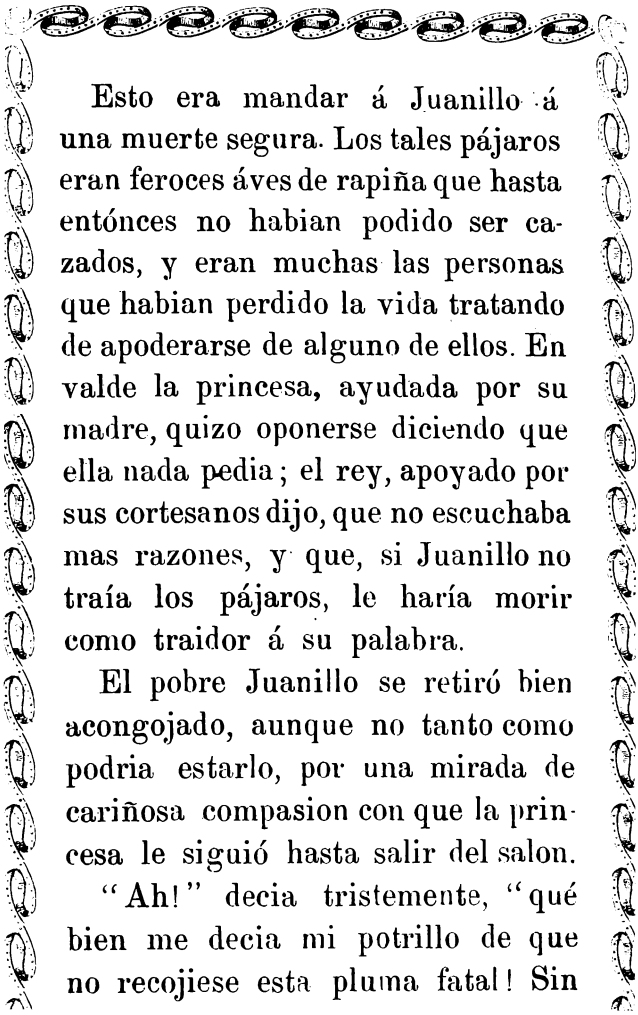


Juanillo se presentó al día siguiente. El rey, rodeado de sus ministros y de los principales señores de la corte, estaba sentado en su trono, y á su derecha, un poco mas abajo, se hallaba la princesa con su madre. El rey quería buscar pretexto para que Juanillo no exigiese el cumplimiento de lo que había ofrecido al que librase la princesa, y, sin embargo, Juanillo tenía tal respeto por la princesa que nunca pensó que tenía derecho á exigir cosa alguna. Bueno es tambien hacer conocer que todos los señores de la corte estaban profundamente mortificados de que Juanillo hubiese tenido un valor que á ellos les había faltado, y mucho mas aún de que la princesa y su madre mirasen al jóven con gratitud y tal vez con amor.

Hizo Juanillo su reverencia, y el rey le preguntó, si le parecía bien que un plebeyo como él se casara con una princesa por el solo hecho de haberle salvado la vida. Juanillo respondió que jamás había pasado por su mente el prevalerse de la promesa hecha por el rey en un momento de angustia, que demasiado sabía la distancia que le separaba de la princesa, y que su alma era demasiado noble para forzarla á una alianza tan poco digna de ella, que estaba demasiado pagado con haberla sido de alguno utilidad, y que estaba siempre dispuesto á SERVIRLA EN TODO Y POR TODO. Aunque Juanillo hablaba con respeto, sus palabras, sin embargo, ponian de manifiesto la mala fé del rey, pues valían tanto como haberle dicho: “Ya que Vd. no tiene la

nobleza de ofrecerse á cumplir su palabra, yo le ganaré á generoso diciéndole que nada me debe.”

Viendo el rey que hacía un triste papel en presencia de su hermana y de su sobrina, quizo darse las apariencias de hombre justo, y dijo con enojo: “Creés acaso, jóven presuntuoso, que yo no sea capaz de cumplir mis promesas? Si yo he prometido mi sobrina á su salvador ella sera tu esposa; pero antes es menester que yo me convenza de que tú eres capaz de cumplir las cosas de que te vanaglórias. Acábas de decir que estás dispuesto á **SERVIR Á LA PRINCESA EN TODO Y POR TODO**; pues bien, ella te manda que le traigas vivos dos pájaros de los mismos que tienen en las alas plumas iguales á esa, que con tanto orgullo llévas en tu sombrero.”



Esto era mandar á Juanillo á una muerte segura. Los tales pájaros eran feroces áves de rapiña que hasta entónces no habian podido ser cazados, y eran muchas las personas que habian perdido la vida tratando de apoderarse de alguno de ellos. En valde la princesa, ayudada por su madre, quizo oponerse diciendo que ella nada pedia; el rey, apoyado por sus cortesanos dijo, que no escuchaba mas razones, y que, si Juanillo no traía los pájaros, le haría morir como traidor á su palabra.

El pobre Juanillo se retiró bien acongojado, aunque no tanto como podria estarlo, por una mirada de cariñosa compasion con que la princesa le siguió hasta salir del salon.

“Ah!” decia tristemente, “qué bien me decia mi potrillo de que no recojiese esta pluma fatal! Sin

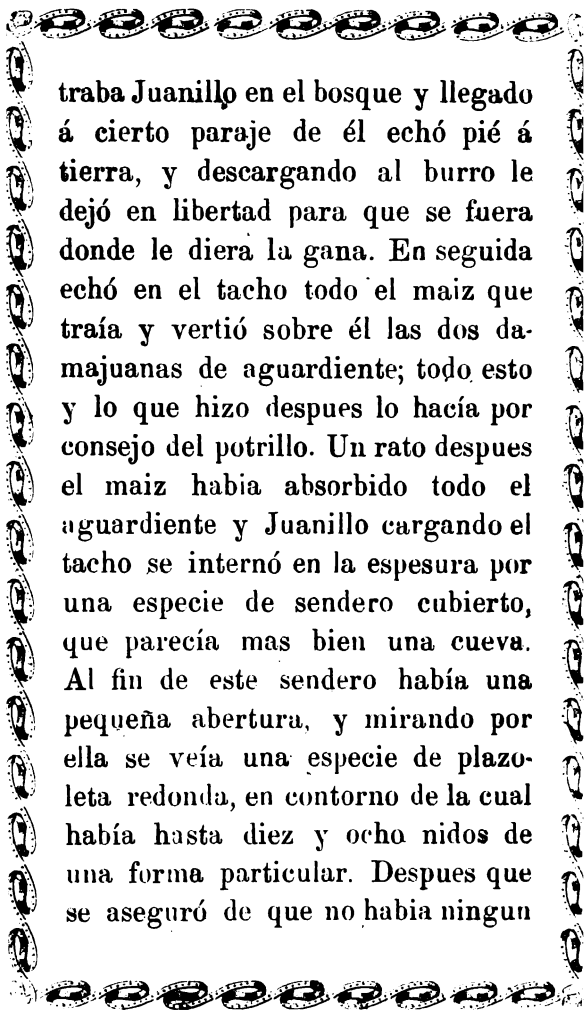


ella el rey no hubiese hallado tan fácilmente un pretesto para hacerme morir." Sumido en estos pensamientos llegó á su alojamiento y entró donde tenía su potrillo para ensillarle. No bien entró, aquel le preguntó: "¿Qué tienes, Juanillo? ¿Porqué estás tan triste?" Juanillo entónces le refirió punto por punto lo que le pasaba y concluyó diciendo: "Cuánta razon tenias en pedirme que no alzára la pluma!" — "Bah!" dijo el potrillo, "con un rey tan perverso, eso no es nada al fin; peor hubiera sido que se le ocurriese algo de mas peligro, y nó esto, que yo sé como arreglar."

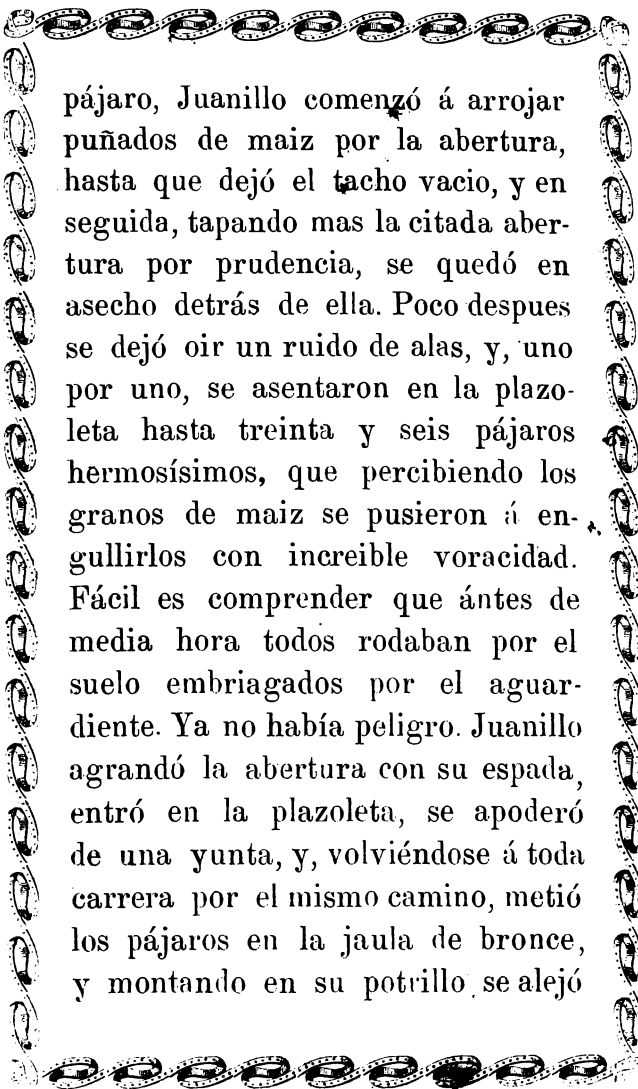
Juanillo, por consejo del potrillo, fué en seguida á un molino y compró un burro y una cuartilla de maiz, despues á un almacen donde compró dos damajuanas de aguardiente y

finalmente á una bronceria en la cual se proveyó de un tacho de cobre bien grande y de una jaula con barrotes de bronce. En seguida, cargando todo sobre el burro, salió de la ciudad montado él en su potrillo, que en el viaje le dijo lo siguiente: “Los pájaros que vamos á traer viven en un bosque donde hasta ahora no ha podido penetrar hombre alguno. Viven reunidos en familias de treinta á cuarenta y hacen sus nidos en la parte mas espesa de la selva, pero yo sé un camino por el cual podemos llegar, hasta una de estas familias sin que nos sientan, pues sé la hora en que están fuera de sus nidos. Si nos sintieran nos harian pedazos en un instante, asi es que debes tener mucha prudencia una vez que lleguémos.”

Varios dias despues de esto, en-



traba Juanillo en el bosque y llegado á cierto paraje de él echó pié á tierra, y descargando al burro le dejó en libertad para que se fuera donde le diera la gana. En seguida echó en el tacho todo el maiz que traía y vertió sobre él las dos damajuanas de aguardiente; todo esto y lo que hizo despues lo hacía por consejo del potrillo. Un rato despues el maiz habia absorbido todo el aguardiente y Juanillo cargando el tacho se internó en la espesura por una especie de sendero cubierto, que parecía mas bien una cueva. Al fin de este sendero había una pequeña abertura, y mirando por ella se veía una especie de plazolleta redonda, en contorno de la cual había hasta diez y ocho nidos de una forma particular. Despues que se aseguró de que no habia ningun

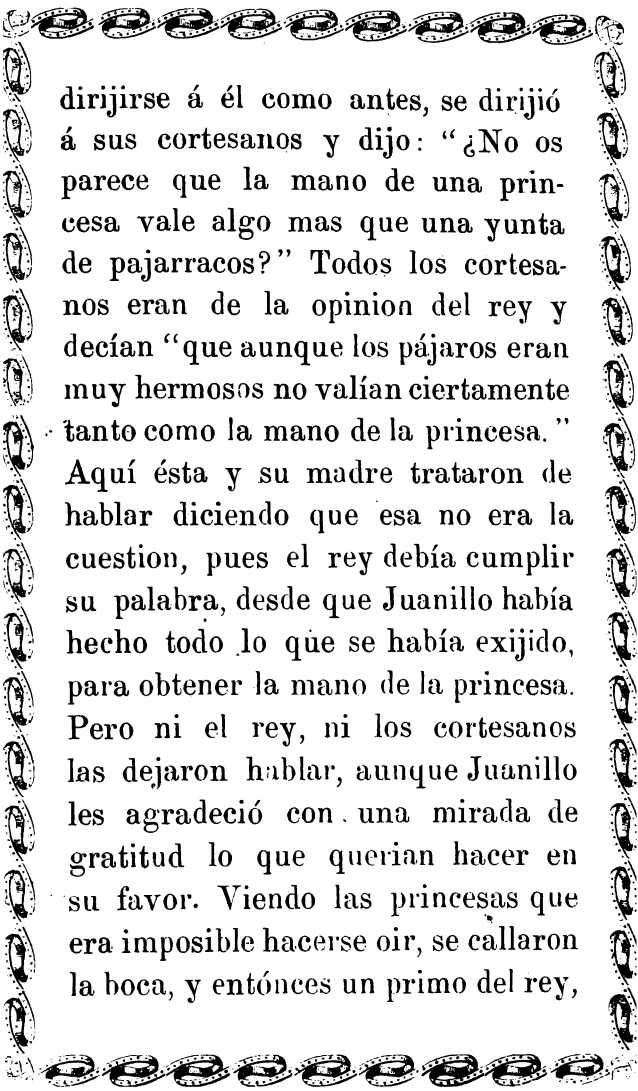


pájaro, Juanillo comenzó á arrojar puñados de maiz por la abertura, hasta que dejó el tacho vacio, y en seguida, tapando mas la citada abertura por prudencia, se quedó en asecho detrás de ella. Poco despues se dejó oir un ruido de alas, y, uno por uno, se asentaron en la plazoleta hasta treinta y seis pájaros hermosísimos, que percibiendo los granos de maiz se pusieron á engullirlos con increíble voracidad. Fácil es comprender que ántes de media hora todos rodaban por el suelo embriagados por el aguardiente. Ya no había peligro. Juanillo agrandó la abertura con su espada, entró en la plazoleta, se apoderó de una yunta, y, volviéndose á toda carrera por el mismo camino, metió los pájaros en la jaula de bronce, y montando en su potrillo se alejó

á escape del bosque, á fin de poder estar á mucha distancia cuando los otros pájaros volvieran en sí y notáran la falta de sus compañeros. Todo salió perfectamente, y tres dias despues Juanillo se presentaba en el palacio con su jaula de bronce dentro de la cual estaban dos pájaros de esos, que hasta entónces nadie había podido agarrar.

Muchas personas habian visto á Juanillo cuando entraba á la ciudad y como, desde que salvó á la princesa se había hecho el héroe popular, en un momento corrió la voz, de que había llevado á cabo otra proesa y un mundo de gente se agolpó á las puertas del palacio para darle vivas, pues nadie dudaba de que se casaría ya con la princesa.

El rey recibió á Juanillo, como la vez anterior, pero en lugar de



dirijirse á él como antes, se dirigió á sus cortesanos y dijo: “¿No os parece que la mano de una princesa vale algo mas que una yunta de pajarracos?” Todos los cortesanos eran de la opinion del rey y decían “que aunque los pájaros eran muy hermosos no valían ciertamente tanto como la mano de la princesa.” Aquí ésta y su madre trataron de hablar diciendo que esa no era la cuestion, pues el rey debía cumplir su palabra, desde que Juanillo había hecho todo lo que se había exigido, para obtener la mano de la princesa. Pero ni el rey, ni los cortesanos las dejaron hablar, aunque Juanillo les agradeció con una mirada de gratitud lo que querian hacer en su favor. Viendo las princesas que era imposible hacerse oir, se callaron la boca, y entónces un primo del rey,

que andaba loco porque la princesa no le hacía caso, dijo: "Juanillo ha dicho que está dispuesto á servir á la princesa EN TODO Y POR TODO, y hasta ahora no ha hecho sinó cosas que cualquiera de nosotros podría hacer, si se le ofreciera la mano de la princesa." — "¿Oyes lo que dice mi primo?" dijo el rey dirijiéndose á Juanillo; "pues bien" prosiguió, "jamás te casarás con ella si no le traes el loro del negro Horqueta, y ten entendido que de nó traerlo perderás la vida." Dichas estas palabras el rey mandó á Juanillo que se retirára.

Cuando Juanillo apareció á la puerta del palacio, todo el mundo comprendió que le iba mal por la tristeza que se veía pintada en su rostro, y cuando se supo que se le pedia el loro del negro Horqueta

todos comenzaron á murmurar de la mala fé del rey, que mandaba á una muerte segura á un jóven que valía mas que todos los nobles de su reino.

Juanillo fué al lado de su potrillo, y este le consoló como la otra vez, diciéndole: “No estés triste, Juanillo, mañana nos pondremos en campaña, y Dios nos ha de ayudar.” Antes de irse á la cama, Juanillo tuvo el gran consuelo de recibir una cartita de la madre de la princesa y que decía así:

“Mi querido hijo Juanillo: — Yo  
 ” y particularmente mi hija, está-  
 ” mos deseosas de que salgas bien  
 ” en lo que el rey te ha mandado,  
 ” y, pensando que tal vez necesites  
 ” dinero, te pedimos nos digas lo  
 ” que te hace falta para enviartelo.  
 ” Con cariñosos recuerdos de mi



"hija, recibe, hijo mio, un abrazo  
"de — LA REINA MADRE."

Juanillo contestó que no necesitaba dinero por el momento, y dando gracias á las dos princesas por su generosa bondad, concluia su carta diciendo que desde aquel momento quedaba mas y mas dispuesto á servir á las princesas con una devocion sin límites.

Nuestro Juanillo partió al dia siguiente, y algun tiempo despues llegaba á una selva solitaria, guiado como se comprenderá por su potrillo. Llevaba una maleta con provisiones para varios dias y se situaron al lado de un gran hormiguero á donde venían á juntarse un sin número de caminos. Allí se pusieron de guardia, Juanillo durante el dia y el potrillo durante la noche. El potrillo decía que la reina de las hormigas

salía de allí todos los años para visitar todos los hormigueros y que tal vez podrían sorprenderla cuando volviera. No nos detendremos en contar los largos días y noches que allí pasaron, velando y velando, y pensando que la reina hubiera pasado por otro lado, basta para nuestro cuento decir que al fin apareció la reina y que Juanillo la agarró. Entónces la reina rogó por su libertad y no la consiguió sino despues que dió á Juanillo uno de sus bigotes. Teniendo este bigote en la mano y diciendo: "Dios y una hormiguita", Juanillo podria volverse la hormiga mas chiquitita del mundo.

Ahora ya no se trataba sino de apoderarse del loro del negro Horqueta. Pero ¿quien era este negro? Lindando con los estados del rey,

existian unas tribus de negros antropófagos; esto es que se alimentaban principalmente de carne humana. Muchas guerras les habian hecho para ver de concluirlos, pero siempre los ejércitos del rey habian salido mal en estos combates. El principal cacique y caudillo que ellos tenían era precisamente este negro Horqueta que era conocido como el mas sanguinario y feroz de todos ellos. El negro Horqueta vivía solo con su madre en una gran casa á orillas de un bosque. El loro que Juanillo debía robar, porque no era posible conseguirlo de otro modo, era un loro célebre por la claridad y cordura con que hablaba, y á quien el negro Horqueta quería tanto que le hacía dormir en una pieza al lado de su dormitorio.

Juanillo llegó al bosque estando

ya la noche bastante adelantada; dejó en él á su potrillo y se llegó á pié á la casa donde reinaba el mas profundo silencio; pues todos estaban durmiendo. Juanillo sacó del bolsillo su bigote de hormiga y diciendo: "Dios y una hormiguita", se volvió al momento una hormiga tan chiquitita, que á penas se veía. Entónces se trepó por la puerta y se metió por el agujero de la llave, y poco despues estaba en el cuarto del negro Horqueta que roncaba como un trueno, con una llave de plata entre los dientes, y tapado con su riquísima colcha de campanillas de oro. Sin detenerse allí, pasó á la otra pieza, en la cual estaba el loro durmiendo sobre una percha, dijo: "Dios y un hombre" y agarró al loro. Pero el loro se despertó y gritó: "Mi

amo, Juanillo me roba!” — Al momento resonó un rimplintimplin! de las campanillas de oro y el negro, blandiendo su espadon de dos filos, se apareció en la pieza del loro. — “¿Donde está ese gran pícaro?” preguntó con voz de trueno. Pero Juanillo se había vuelto hormiga, y por mas que el negro buscó y registró no pudo dar con él. El negro se enojó entónces con el loro y le dijo que tuviera cuidado con lo que hacía.

Cuanto el negro comenzó otra vez á roncar, Juanillo se volvió hombre, y el loro volvió á gritar: “Mi amo, Juanillo me roba!” — Rimplintimplin, sonaron las campanillas, y vuelta á aparecerse el negro mas furioso que ántes y á no encontrar nada. — El negro se enfureció entónces contra el loro:

“Mira”, le dijo, “si otra vez me despiertas de valde, te juro por Macatapatongo, mi venerado Dios, que te tuerzo el pescuezo como dos y tres son cinco!” En seguida se fué á acostar refunfuñando y no tardó en volver á roncar mas fuerte que antes.

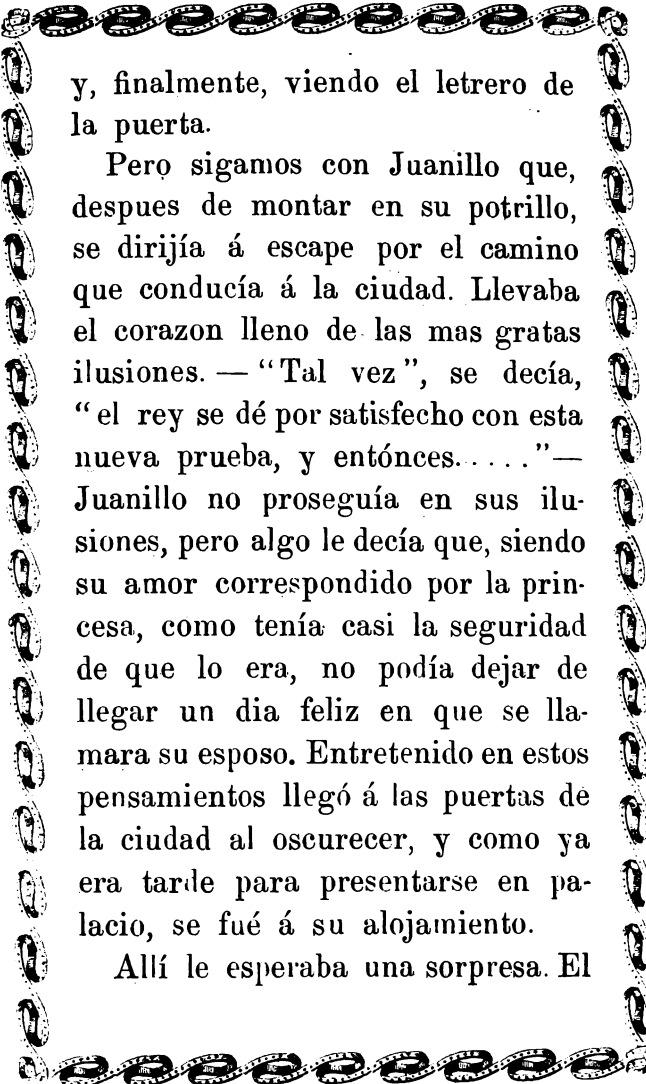
Juanillo se volvió hombre otra vez y acercándose al loro, que todavía temblaba del miedo que le habian hecho dar las palabras del negro, le dijo: “Oye una palabra, lorito. Si vuelves á gritar, el negro no me va á encontrar, y de rabia te va á retorcer el pescuezo como lo ha jurado. Oye otra cosa. Yo he venido aquí para llevarte á casa de una princesa que es tan linda y tan buena como un ángel. Allí te cuidarán mucho y comerás dulces y golosinas hasta mas no poder.

Compara tu vida de aquí, al lado de un negro feroz, con la que pasarás al lado de mi bellísima princesa. ¿Que dices, lorito, te vienes conmigo sin chistar, ó nó?" — Pronto el loro dijo que se iría con él, y Juanillo metiéndoselo en el seno salió de la casa por una de las puertas que abrió desde adentro. Pero ántes, por un espíritu de pilleria, escribió sobre una de las puertas, con un pedazo de tiza, que por casualidad encontró, las siguientes palabras:

*Negro Horqueta:*

*Juanillo te ha robado tu loro y se ríe de ti y de tu dios Macatapatongo.*

Conociendo al negro Horqueta, bien se puede comprender lo furioso que se pondría contra Juanillo, cuando echó de menos al loro, halló abierta una de las puertas que él mismo había cerrado,



y, finalmente, viendo el letrero de la puerta.

Però sigamos con Juanillo que, despues de montar en su potrillo, se dirijía á escape por el camino que conducía á la ciudad. Llevaba el corazon lleno de las mas gratas ilusiones. — “Tal vez”, se decía, “el rey se dé por satisfecho con esta nueva prueba, y entónces. . . . .” — Juanillo no proseguía en sus ilusiones, pero algo le decía que, siendo su amor correspondido por la princesa, como tenía casi la seguridad de que lo era, no podía dejar de llegar un dia feliz en que se llamara su esposo. Entretenido en estos pensamientos llegó á las puertas de la ciudad al oscurecer, y como ya era tarde para presentarse en palacio, se fué á su alojamiento.

Allí le esperaba una sorpresa. El



criado de confianza de las princesas le salió al encuentro y le dijo: "Mis señoras están con gran cuidado, pensando que te haya sucedido alguna desgracia, y hace quince días que yo te espero aquí para conducirte á presencia de ellas, en cuanto llégues, pues quieren hablarte ántes de que te presentes al rey." Juanillo le siguió y poco despues era recibido por la reina madre con los brazos abiertos. Poco despues salió la princesa y Juanillo comprendió por sus palabras que su amor era correspondido. La reina madre le dijo: "Te hemos llamado para decirte, en primer lugar, que estamos completamente de tu lado y que si el rey y sus cortésanos no te quieren, nosotras te queremos; yo como á hijo mio, y mi hija como á su esposo prometido; en segundo lugar,

que queremos ayudarte en todo lo que podamos con el dinero que tenemos; y en tercer lugar, para decirte que tengas paciencia de la mala fé del rey, pues Dios al fin le ha de castigar si persiste en no cumplir su palabra y en querer hacerte morir." Grande alegría recibió Juanillo oyendo estas palabras. Si era amado de su princesa que le importaba que todo el mundo estuviera en contra de él. Cuando volvía á su casa, despues de despedirse de las princesas, se sentía el mas feliz de los hombres y dispuesto á afrontar, por su adorada Matilde, que así se llamaba la princesa, los mayores peligros y llevar á cabo las mas dificiles empresas.

Al dia siguiente; en cuanto llegó la hora, se presentó á palacio con su loro. El rey le preguntó si era

realmente el loro del negro Horqueta, y Juanillo dijo que sí. Entónces el rey hizo que el loro pasáse de mano en mano y preguntó á los cortesanos lo que pensaban. Como se comprende, estos dijeron que creían que nó, y aunque el mismo loro contó como Juanillo se escondía tan bien que el negro no le encontraba, y como sonaban las campanillas de oro de la colcha del negro Horqueta, el rey dijo que todo esto no probaba nada. A ese tiempo uno de los cortesanos del rey, que se había quedado con el loro, y estaba encantado de verle hablar tan cuerdaamente, se iba saliendo pensando que ya nadie se acordaba del pájaro; pero Juanillo le gritó que el loro era de la princesa, con lo cual el ladron tuvo que entregárselo á Matilde, todo colorado de que le hu-

biesen sorprendido. Todo aquello concluyó con que el rey dijo á Juanillo: “Parece que el loro que has traído, no es el que debias traer, pues no tiene señal ninguna por la cual podamos conocer si es del negro Horqueta. Si me has querido engañar, merecerías que te mandára ahorcar en el momento; quiero, sin embargo, usar de misericordia contigo, y te propongo lo siguiente: Dice, el loro, que su amo tiene una colcha con campanillas; pues bien, si traes esa colcha creerémos que es verdad lo que tú has dicho, pero sí nó la traes, te haré ahorcar en el árbol mas alto de la plaza.” Como se vé ya el rey, ni siquiera mentaba que Juanillo debiera casarse con la princesa. Ciego de rábía al ver que Juanillo salía bien, solo pensaba en los medios de perderle

dándose sin embargo los aires de que procedía con rectitud.

Esta vez, el pueblo, que esperaba la salida de Juanillo, no se contentó con murmurar, pues se amotinó y gritó fuerte contra la mala fé del rey, y hasta hubo muchos que comenzaron á tirar piedras contra los balcones del palacio. El tumulto fué creciendo, haciéndose necesario que viniese la guardia del rey, y Dios sabe en lo que hubiera parado todo aquello, si, con la guardia, no hubiese venido Juanillo. Este les echó un discurso tan lindo, sobre el respeto que debian al rey, que todos se retiraron al momento, avergonzados de lo que habian hecho.

Juanillo no se preocupó mucho de lo que el rey le exigía esta vez. En cuanto amaneció el dia se puso en camino para el pais de los ogros

y poco despues llegaba al bosque donde estaba la casa del negro Horqueta. Allí se apeó y á la noche penetró en forma de hormiga hasta el dormitorio del negro que roncaba como siempre. Una vez allí trepó por uno de los pilares de la cama y se escondió dentro de una de las campanillas de la colcha. Metido adentro de la campanilla, comenzó á mover el badajo, y la campanilla á sonar “rin-tin-tin, tintin-timplin, rintintimplin.” El negro que siente esto, pega ún salto de la cama, agarra su espadon y registra todo sin encontrar nada. “Sí seré zonzo” dijo, “me había parecido que sonaban las campanillas.” Diciendo esto, se metió en la cama y se tapó, pero conforme se arregló para dormir. “Rintintin, tintintimplin” sonó la campanilla, y vuelta

á saltar el negro y á buscar, y esta vez á renegar, como un condenado. No encontrando nada, trato de dormir otra vez, y otro "rintintin, tintintimplin" mas sonoro, le hizo saltar una vez mas, y no encontrar nada. "Condenada colcha" decía el negro, "¿qué demonios te ha dado de no dejarme dormir?" — "Rintintin, plimplimplimplin, riplitipli-tipli-tiplitin" hacía Juanillo con la campanilla. — "Ah!" dijo el negro, ¿"se te ha antojado tenerme toda la noche sin dormir? ya verás como te embromo;" y agarrando la colcha la llevó y la tiró en una pieza retirada de su dormitorio, y dijo al salir: "Ya puedes sonar toda la noche, si se te da la gana, que de tan léjos no me quitarás el sueño." Poco despues el negro se metía en cama tapándose con una colcha ordi-

naria, y de léjos le llegaba el débil ruido de las campanillas. — “Sí”, decía el negro, “que repiquen cuanto quieran, que lo que es á mí ya no me embroman!” Como se hubiera puesto el negro, si hubiera podido ver que las campanillas sonaban, porque Juanillo con la colcha al hombro abría una puerta y se alejaba de la casa á todo correr, despues de haber puesto otro letrero así:

*Negro Horqueta :*

*Juanillo te da las gracias de la bondad que has tenido con él, en privarte de tu colcha para dársela.*

“¡Cuánto no rabiará el negro mañana al ver este letrero!” decía Juanillo, corriendo sobre su potrillo, por el camino de la ciudad; “es capaz de comerme vivo, sí caigo alguna vez en sus manos.” El potrillo devoraba el espacio con in-



creible rapidéz, y Juanillo con el corazon lleno de gozo cantaba las siguientes estrofas:

Vuéla, vuéla, corcel mio,  
Que Matilde con afán,  
Espera, desesperando,  
Que llegue salvo su Juan.

Vuéla, vuéla, que yo ansío  
Pronto á sus plantas estar,  
Vuéla, vuéla que yo muero,  
Si mucho tarda el llegar.

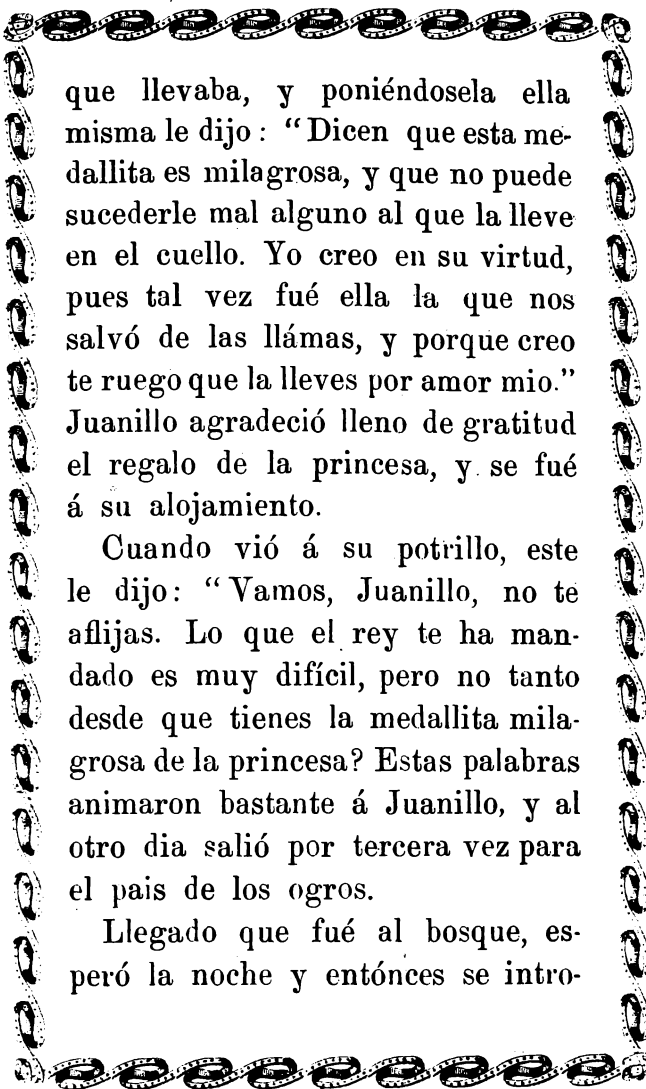
Llegado Juanillo á la ciudad, su primera visita fué para las princesas, y ya se comprenderá por sus versos como sería recibido; en seguida se presentó en palacio con su colcha, y de allí salió bien triste, porque el rey, valiéndose de que las princesas no habían llegado todavía, le dijo que ya que con tanta facilidad le robaba al negro Horqueta sus cosas, le mandaba ahora que le robase el caballo de siete

colores que este negro tenía, debiendo siempre tener entendido que no debía volver sin el caballo, pues de otro modo sería ahorcado. El rey al mandar todas estas cosas siempre pensaba que Juanillo encontraría algo que no pudiese hacer, y que entónces no volvería mas de miedo de ser ahorcado, y se iría á otro pais.

Nuestro pobre Juanillo pasó por casa de las princesas para despedirse, y esta vez pensando que su visita sería la última; pues ¿cómo podría traer el caballo de siete colores, si el negro dormía teniendo entre los dientes la llave de plata de la caballeriza? — ¿Cómo podría sacársela, si entrando en forma de hormiga no podía llevar arma ninguna con que matar el negro? — Adentro de las habitaciones del

negro Horqueta no había mas armas que el espadon del negro, pero este lo tenía siempre en la mano miétras dormia.

Cuando Matilde supo lo que el rey pedía, dijo á Juanillo, que de ningun modo intentase apoderarse de la llave, y le pidió que mas bien se fuese á otro pais y se olvidase de ella. “Nó, Matilde”, dijo Juanillo, “soy tu prometido, y nada en el mundo, á no ser la muerte, podrá hacerme ejecutar accion alguna por la cual pierda yo el derecho de llamarte algun dia mi esposa. No cumpliendo el injusto mandato del rey, perdería tan dulce derecho á los ojos de los cortesanos, y prefiero arriesgar la vida á perderlo.” Viendo Matilde que era imposible hacerle cambiar de resolucion, se sacó del cuello una medallita



que llevaba, y poniéndosela ella misma le dijo: “Dicen que esta medallita es milagrosa, y que no puede sucederle mal alguno al que la lleve en el cuello. Yo creo en su virtud, pues tal vez fué ella la que nos salvó de las llamas, y porque creo te ruego que la lleves por amor mio.” Juanillo agradeció lleno de gratitud el regalo de la princesa, y se fué á su alojamiento.

Cuando vió á su potrillo, este le dijo: “Vamos, Juanillo, no te aflijas. Lo que el rey te ha mandado es muy difícil, pero no tanto desde que tienes la medallita milagrosa de la princesa? Estas palabras animaron bastante á Juanillo, y al otro dia salió por tercera vez para el pais de los ogros.

Llegado que fué al bosque, esperó la noche y entónces se intro-

dujo en forma de hormiga hasta el cuarto del negro, que dormía con la llave de plata entre los dientes y soñaba en alta voz, diciendo: “Ya me las pagarás, condenado Juanillo, ya me las pagarás.” — Juanillo se volvió hombre y acercándose á la cama comenzó á tirarle de la llave con mucha suavidad. Como le latía el corazón! . . . tiraba y tiraba, y le parecía que el negro aflojaba la llave. Pero Juanillo no se había fijado en que el negro había abierto los ojos y le había visto; tan contento estaba al sentir que la llave estaba cada vez mas floja. La primera idea del negro había sido matarle de un sablazo, pero despues pensó que Juanillo sufriría mas muriendo de otro modo. Con este pensamiento y cuando Juanillo menos lo esperaba, dió un salto

y agarrándole de los brazos le gritó: “Al fin te tengo, pícaro desvergonzado, y ahora me vas á pagar todas las hechas y por hacer.” Juanillo hizo un esfuerzo terrible, para ver si podía soltarse una mano, con el fin de sacar del bolsillo su bigote de hormiga, pero todo fué envano. El negro le maniató en seguida tan estrechamente que desde ya vió que estaba perdido sin remedio, porque no podría volverse hormiga miéntras no tuviera en la mano el bigote que tenía en su bolsillo.

Así atado, el negro le llevó al patio y allí le puso al pescuezo una cadena de hierro con candado, le ató á un árbol, y le dijo: “Yo no te mato porque quiero que pases por la vergüenza de morir á manos de mi madre, que es una vieja que á *gatas* puede con la osamenta. Ella

vendrá aquí mañana y te matará, así atado como estás, pegándote en la cabeza con el ojo del hacha. Después de esto te partirá en postas, y hará con tu carne un puchero, un guiso y un asado de chuparse los dedos."

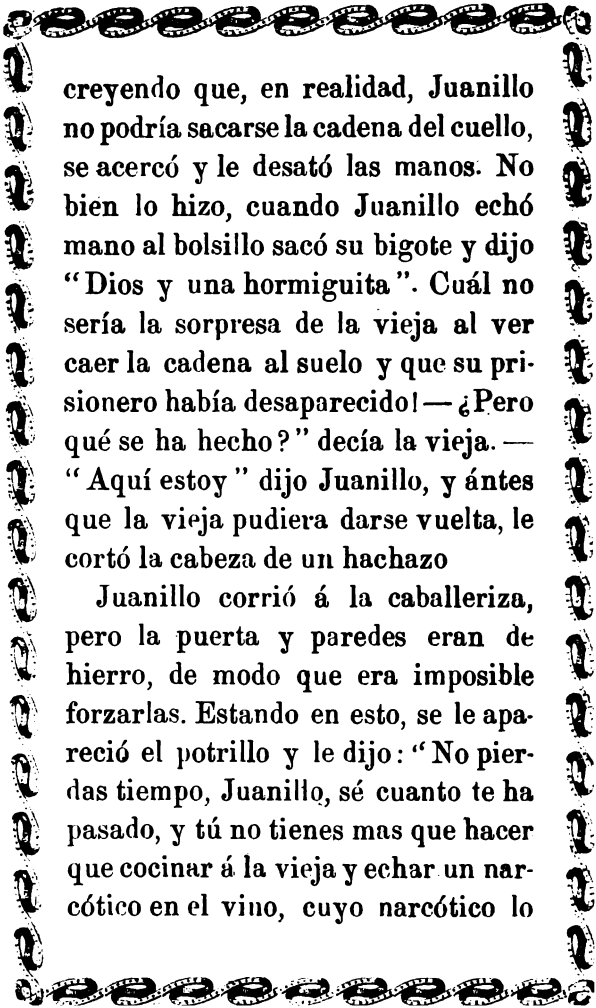
Pobre Juanillo! ahora sí que no hay escapatoria posible! ahora sí que el rey va á salirse con la suya!... ahora sí que la princesa le esperará desesperando, y pasarán dias y dias y años sin que él vuelva!... Pero Juanillo es buen cristiano y aunque triste no está desesperado. Ora y ora fervorosamente. Ora para prepararse á morir como cristiano, y ora tambien pidiendo socorro del cielo para escapar de la muerte, si es que tal es la voluntad de Dios.

Llega por fin el dia y poco despues se aparecen en el patio el negro Horqueta y su madre, una negra que

tendría mas de ochenta años. “Ya sabe, mamita”, dijo el negro, “yo me voy ahora á convidar á mis amigos. Vea de que todo esté pronto para esta tarde y no se olvide de poner el vino en los botellones.” Dichas estas palabras el negro se retiró, y la vieja sacando una hacha de la cocina se puso á rajar leña. Pero el tronco era muy duro y nudoso, y la vieja renegaba porque por mas que le daba nada conseguía. Juanillo que la veía renegar tanto, tuvo entónces una idea magnífica. “Vea, señora,” le dijo, yo estoy aquí atado y tiritando de frio; si Vd. me desata los brazos solamente, yo puedo partirle la leña y así me calentaré. Vd. no tiene que tener miedo ninguno, porque yo no puede abrir el candado de la cadena que tengo en el pescuezo.”

La vieja pensó un momento, y





creyendo que, en realidad, Juanillo no podría sacarse la cadena del cuello, se acercó y le desató las manos. No bien lo hizo, cuando Juanillo echó mano al bolsillo sacó su bigote y dijo “Dios y una hormiguita”. Cuál no sería la sorpresa de la vieja al ver caer la cadena al suelo y que su prisionero había desaparecido! — ¿Pero qué se ha hecho?” decía la vieja. — “Aquí estoy” dijo Juanillo, y ántes que la vieja pudiera darse vuelta, le cortó la cabeza de un hachazo

Juanillo corrió á la caballeriza, pero la puerta y paredes eran de hierro, de modo que era imposible forzarlas. Estando en esto, se le apareció el potrillo y le dijo: “No pierdas tiempo, Juanillo, sé cuanto te ha pasado, y tú no tienes mas que hacer que cocinar á la vieja y echar un narcótico en el vino, cuyo narcótico lo

sacarás fácilmente cociendo unas plantas del bosque que yo te mostraré.”

Con esto, Juanillo se puso á trabajar como un negro. Descuartizó á la vieja; de los pedazos hizo un guiso, un puchero y un asado; coció las plantas narcóticas, y cuando puso la mesa, echó una buena cantidad de cocimiento en cada botellon de vino. Después de todo esto, entró al cuarto de la vieja, hizo un lío de trapos, le acostó en la cama y le puso la cabeza de la vieja, de tal modo que acercándose á mirar parecía que la vieja estaba durmiendo tranquilamente. Preparado ya todo, se volvió hormiga y se metió en una de las rendigas del friso del comedor, de modo que de allí podía oirlo todo.

A las cuatro de la tarde llegó el negro Horqueta con media docena de

amigos. Entraron al comedor, y viendo ya la mesa puesta, el negro gritó: "Traiga la comida, mamita, que estamos con un hambre de cien mil demonios!" Como la vieja no contestaba el negro se fué á la cocina, hallando en ella toda la comida preparada. "Qué bien huele esto!" dijo restregándose las manos, "¿pero donde está mamita?" añadió, dirigiéndose al cuarto de la vieja. Entró y la vió del modo que hemos dicho. "Pobre vieja", exclamó; "cansada de tanto trabajar se ha acostado! . . . dejémosla dormir y yo sacaré la comida." El negro llamó á sus compañeros, y entre todos llevaron las fuentes á la mesa del comedor, donde comenzaron en seguida su banquete.

"Cuéntanos, pues", dijeron los convidados, "cuéntanos como te hiciste de una presa tan esquisita como

la que estamos saboreando." Entonces el negro Horqueta les relató todas las picardias de Juanillo, como le había robado el loro y la colcha de campanillas, y como había intentado robarle la llave de plata. "¿Y donde guardas la llave?" le preguntó uno. "De día" dijo el negro, "la tengo aquí en el bolsillo, y de noche me la pongo entre los dientes." Juanillo oía todo esto. De repente, el negro dijo: "¿Pero qué es esto? comémos y charlamos, y no tomámos vino. A beber, señores, á beber!" Comenzaron los negros á tomar vino, y casi en seguida todos dormian de tal modo que ni á cañonazos se hubieran despertado.

Este era el momento que Juanillo esperaba. Salió de su rendija, se volvió hombre y se acercó al negro Horqueta. No había peligro ninguno

y Juanillo podía haberle muerto, si no fuera que le repugnaba darle la muerte de un modo tan cobarde; se contentó pues con sacarle del bolsillo la llave de plata, y con ella abrió la caballeriza en donde se apoderó del magnifico caballo de siete colores; pero ántes de alejarse con él dejó otro letrero así :

*Negro Horqueta :*

*Espero que no te haga daño la comida que has hecho, y que no rebientes de rabia cuando sépas que tu cocinero y el ladron de tu caballo ha sido — JUANILLO.*

El negro Horqueta no se despertó hasta el otro dia á la tarde, y mirando á sus compañeros, que todavía dormian, dijo, “Caray! creo que nos hemos emborrachado de lo lindo.” Despues de esto echó mano al bolsillo y no encontró la llave. Pegó un brinco, y de otro brinco se puso en la caballeriza. “¿Pero cómo ha resuci-

tado este gran pillo para robarme el caballo?" se preguntaba el negro; "no hay mas que ver lo que dice mamita." Y diciendo esto se fué al cuarto de la vieja. Entró y comenzó á llamarla, pero viendo que no le respondia, la movió para despertarla y la cabeza cayó rodando por el suelo. Cuál no sería el horror y la rábia del negro Horqueta! Recien entónces comprendió porque Juanillo le decía "ESPERO QUE NO TE HAGA DAÑO LA COMIDA QUE HAS HECHO", y comprendiendo esto, el negro juró por su gran Macatapatongo que si Juanillo se ponía alguna vez al alcance de su brazo, ese sería el último momento de su vida.

Entre tanto, Juanillo, bien alegre de lo bien que había salido de su peligrosa aventura, gracias tal vez á la medallita milagrosa de su prin-

cesa, corría y corría por el camino de la ciudad, y al día siguiente al oscurecer estaba en casa de Matilde, que le abrazó con alegría delirante al verle volver sano y salvo. “ Ah ”, dijo la princesa, “ no he vivido desde que tú saliste, y no he cesado un momento de rogar á Dios que te sacára con bien de tu empresa! Dios y la santísima vírgen se han apiadado de mi ansiedad, y aquí estás otra vez vencedor de otra dificultad, amado prometido mío! Quiera el cielo que esta prueba sea la última! ”

Pero estaba escrito que aquella no le sería, y así lo supo Juanillo por su potrillo esa misma noche, que le dijo: “ MAÑANA EL REY TE ENCOMENDARÁ UN NUEVO TRABAJO. PÍDELE QUE TE DÉ UN MES PARA PREPARARTE Á SALIR. ”

Juanillo se presentó al rey al día siguiente con el caballo de siete co-

lores, y los mismos cortesanos no pudieron contener un murmullo de admiración á la vista de un animal tan lindo. El rey se mordió los labios de despecho al ver que Juanillo, en vez de hallar la muerte, había salido bien de su último peligro. Como no se le ocurría otra cosa por el momento, le preguntó de que medio se había valido para apoderarse de la llave sin que el negro le sintiera. Como Juanillo era modesto, no contó todo, sino que se contentó con decir, que le había puesto un narcótico en el vino y que mientras el negro dormía le había quitado la llave. “¡Cómo!” dijo el rey, “has cometido el crimen de tener entre tus manos la vida del negro Horqueta, que es el peor enemigo del reino y le has dejado vivo!... ¿No sabes que, si esto fuera cierto merecerias la horca? Pero sólo



quiero creer que lo que has dicho es únicamente una balandronada, por medio de la cual has querido darte los aires de perdonavidas. Debo, sin embargo, castigarte por tu falta de respeto, en venir á contarnos patrañas, y así te mando que, en espiacion de tu irreverencia, me traigas á ese negro Horqueta, á quien haces dormir con tanta facilidad!

Pobre Juanillo!... qué poco se esperaba que le pidieran semejante cosa!... Recordando, sin embargo, las palabras de su potrillo, dijo al rey: "Lo que su majestad me pide es muy difícil, y aunque yo estoy dispuesto á cumplirlo ó á perder la vida en ello, ruego á su majestad que se sirva concederme una gracia." Contento el rey, al ver que Juanillo estaba pronto á traer el negro, en cuya empresa, no dudaba que perde-

ría la vida, se descuidó y dijo: “Con tal que tú en persona, traigas al negro Horqueta, te concedo de antemano todas las gracias que quieras pedirme.” Viendo Juanillo el descuido del rey dijo: “En primer lugar quiero que se me conceda un mes de licencia, para prepararme á salir en busca del negro Horqueta.” — “Concedido” dijo el rey. — “En segundo lugar”, continuó Juanillo, “quiero que si yo en persona traigo al negro Horqueta, no se ponga ya mas dilacion á mi boda con la princesa Matilde.” — “Ya pides mucho”, dijo el rey. “No pido sinó lo que hace tiempo se me debe, y que debería haber conseguido mas ántes, si su majestad se respetase un poco mas, cumpliendo su palábraz”, dijo Juanillo con firmeza. El rey se puso pálido de ira, al verse apostrofado en público de tal

modo. La r bia le ahogaba y Dios sabe lo que hubiera dicho si hubiese podido hablar, y si, centenares de personas del pueblo que habian ido ese dia al palacio expresamente, no hubiesen comenzado   gritar: "Juanillo tiene razon, y es una deshonra para todos que el rey no cumpla su palabra." Oyendo esto, el rey comprendió que el pueblo se enfurecer a y tal vez le haría pedazos allí mismo, si no concedía el último pedido de Juanillo, así es que dijo: " Y quién tiene la osadia de decir que el rey no cumple su palabra? Aquí, en presencia de todo el pueblo que me oye, prometo que Juanillo se casar  con la princesa siempre que él, en persona, cumpla la promesa que acaba de hacer de traer al negro Horqueta!" Todos se callaron la boca, y entónces el rey dijo   Juanillo: "Puedes reti-

rarte, pero recuerda que has prometido partir dentro de un mes en busca del negro Horqueta.”

Esta vez Juanillo fué derecho á su potrillo, para saber lo que tendría que hacer. “Lo primero”, dijo el potrillo, “es que te vayas á una herreria y mándes hacer un carro todo de hierro y sólidamente construido, y que se comprometan á tenerlo listo para ántes de un mes. Este carro deberá ser completamente cerrado y con una puerta que se cierre de afuera con un resorte. Tendrá ademas un pescante, donde pueda sentarse el que lo maneja. Construido el carro lo harás pintar imitando madera de roble, de modo que no se conozca que es de hierro. Lo segundo”, prosiguió el potrillo, “es que no te ándes con regateos por lo que respecta al precio; ofrece todo el dinero que te pidan;

pues Matilde y su madre te darán gustosas cuanto necesites." Así aconsejado, Juanillo se fué á la herreria y pronto contrató la construccion del carro. Le pidieron diez mil pesos, pero le prometieron tenerlo listo en veinte y cinco dias. De la herreria, se fué á casa de las princesas que le recibieron llenas de tristeza, pues ya sabian que Juanillo se había comprometido á traer al negro Horqueta. Juanillo las tranquilizó diciendo: "Lo que el rey me ha pedido es muy difícil, pero mi corazon me dice que saldré bien. Si mi corazon me engaña moriré con el dulce pensamiento de que hize todo lo posible por merecer mi felicidad; pero si mi corazon no me engaña, si salgo con bien de esta empresa, piensa, Matilde, piensa la inmensa felicidad que nos aguarda! Cuando miro el premio inestimable

que me espera al fin de esta última prueba, me parece aún que es poco lo que tengo que hacer para merecerlo!" — "Yo no pienso", prosiguió Juanillo, "sinó en la gran victoria que he ganado al rey, que, cuando yo vuelva, ya no podrá poner mas trabas á nuestra union." ¿Cómo había Matilde de estar triste, viendo hablar á su Juanillo con tanto animo?

Despues Juanillo habló de lo que había mandado hacer y de la necesidad de dinero que tenía. Como se comprenderá fácilmente, ámbas princesas se alegraron de que al fin pudieran ser de utilidad á Juanillo con su dinero, y algunos dias despues le entregaron, no diez, sino quinze mil pesos, que Juanillo empleó del modo siguiente: diez mil en pagar el carro, mil en la compra de seis hermosos caballos de tiro con sus arnéses corres-

pondientes, y cuatro mil en comprar varios barriles de los vinos mas caros y esquisitos que pudo encontrar.

Tres dias ántes de cumplirse el mes de plazo concedido por el rey, Juanillo salia con su carro de la ciudad, y una vez que estuvo léjos y en un parage solitario, se sacó toda la ropa que llevaba puesta y la tiró al lado del camino. En seguida, de un atado que bajó del pescante sacó un tarrito de barro y, con una pomada que en él habia, comenzó á untarse la cara, el pecho, los brazos y las manos, con lo cual quedó transformado en un verdadero negro. Despues de esto, sacó del mismo atado un traje completo de negro mercachifle, se lo puso y subiendo al pescante continuó su camino, al son de las campanillas y cascabeles que llevaba en los arnéses de sus caballos. Cuando iba llegando

al país de los ogros, sacó una corneta y se puso á tocar una zarabanda de mil diablos, y concluida esta se puso á cantar, con la tonada de "Me gustan todas", los siguientes versos :

Yo vendo vino,	Que naidies tiene
Pobe neguito;	Tan exquisito;
Vení er amito,	Ni otro vinito,
Vení á crumpá;	Tan rigulá.

Neguito, no digas eso,  
 Que el negro Oqueta te va á pegá;  
 A mi no me pega naidies,  
 Poque vendo vino Champán.

"Qué diablo de negrito tan alegre!" dijo el negro Horqueta, oyendo los versos de Juanillo. "Voy á llamarle para que me divierta con sus cantos", y saliendo á la puerta comenzó á gritar: "Ola, paisanito, vénga por acá!" Juanillo conoció la voz del negro Horqueta, pero se hizo el que no sabía de donde le llamaban y dijo en voz alta: "Ooh! ¿quén me llama pué?" — "Yo soy el que te lla-

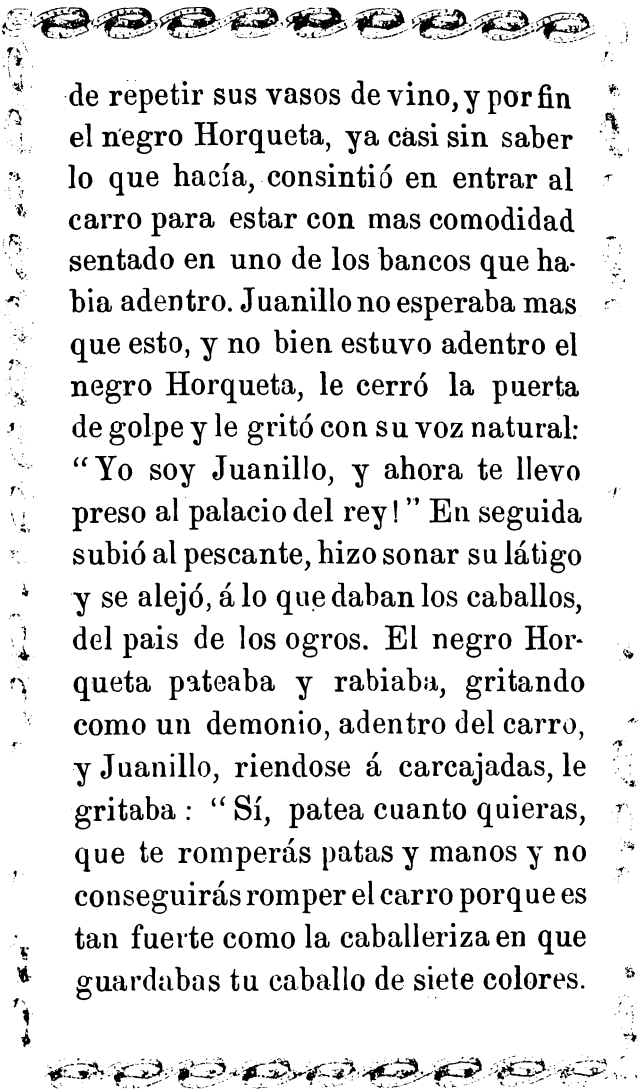


mo”, dijo el negro Horqueta. Juanillo enderezó su carro hácia donde estaba el negro, y como si recién lo viera exclamó: “Güeno rias, señó mi amo, pa seville á su meced.” — “¿Vendes vino?” le preguntó el negro Horqueta. — “Ya lo creo” contestó Juanillo, “y der mejó, poque é de la mesma clase der que crumpó ese Juanillo que se vá casá con la princesa, adespúe que lo lleve á Vd., señó mi amo, ar palacio der rei.” — “¿Conque es cierto”, preguntó el negro Horqueta, “que Juanillo se ha comprometido á llevarme él solo al palacio del rey?” — “Eso é tan cieto, su meced, como é cieto que Juanillo anda po aquí ceca”, dijo Juanillo. — “Que venga no más, dijo el negro, blandiendo su espadon; “que venga, y ya verá quien es el negro Horqueta.” — “Pué, señó” dijo Juanillo, “si su meced quiede le

voy á dá á pobá mi vinito.”—“ Con mucho gusto”, dijo el negro; y Juanillo abriendo su carro, pronto le alcanzó un vaso de vino tan esquisito, que el negro Horqueta se quedó relamiendo los labios, pues en toda su vida no había probado un vino tan generoso. Viendo Juanillo el buen efecto del primer vaso, le alcanzó otro de una clase mas superior, y así sucesivamente hasta que el negro empezó á ponerse alegre. Con la alegría del vino el negro Horqueta se puso á charlar y á contar una porcion de cosas. “ Has de saber”, dijo el negro, “ que estoy lo mas ganoso de que Juanillo venga pronto, porque dentro de dos meses me tengo que poner en campaña con cincuenta mil hombres para caer de sorpresa sobre los estados del rey y llevarlo todo á sangre y fuego.”—“ ¿ Y que tiene que ver

esto con la venida de Juanillo?" preguntó el supuesto mercachifle. "Lo que tiene que ver", dijo el negro Horqueta, "es que cuanto Juanillo venga yo lo mato, porque no estaré tranquilo hasta que ese gran pillo esté muerto. Despues, ya no tendré mas que hacer, sinó reunir todos mi soldados y atacar al rey, que, como no se espera tal invasion, no tiene casi gente sobre las armas."

Juanillo comprendió al momento el peligro que corría su pais, si los negros llevaban á cabo su invasion; así es que, como quien no quiere la cosa, y hasta ofreciéndose al negro como soldado, le fué sacando una porcion de datos importantes, como ser que en tal parte había diez mil hombres reunidos, en tal otra quince mil; y así de todo lo demás. En medio de esta charla Juanillo no había dejado



de repetir sus vasos de vino, y por fin el negro Horqueta, ya casi sin saber lo que hacía, consintió en entrar al carro para estar con mas comodidad sentado en uno de los bancos que habia adentro. Juanillo no esperaba mas que esto, y no bien estuvo adentro el negro Horqueta, le cerró la puerta de golpe y le gritó con su voz natural: “Yo soy Juanillo, y ahora te llevo preso al palacio del rey!” En seguida subió al pescante, hizo sonar su látigo y se alejó, á lo que daban los caballos, del pais de los ogros. El negro Horqueta pateaba y rabiaba, gritando como un demonio, adentro del carro, y Juanillo, riendose á carcajadas, le gritaba: “Sí, patea cuanto quieras, que te romperás patas y manos y no conseguirás romper el carro porque es tan fuerte como la caballeriza en que guardabas tu caballo de siete colores.

Cerca de la ciudad, Juanillo se encontró con su potrillo, á quien habia dejado suelto en el campo. “ Escucha una palabra, Juanillo, ántes de entrar en la ciudad ”, le dijo el potrillo. Juanillo detuvo sus caballos, y entónces el potrillo le dijo: “ Ya está muy cerca el término de tus trabajos, sin embargo, te esperan várias cosas. Primeramente el rey va á decir que no creé que el negro Horqueta esté adentro del carro, y te vá á mandar que lo ábras, de modo que tendrás que pelear con el negro Horqueta, pero no téngas cuidado, porque el negro saldrá tan borracho con el vino que está tomando para consolarse, que te será muy fácil darle muerte. En segundo lugar, el rey va á decir que tú no eres Juanillo, porque tú te presentarás así tiznado como estás, y el rey se agarrará de ese pretesto para de-

cirte que tienes que pasar por la prueba del aceite hirviendo. Esto es una gran barbaridad, pero tú dirás que estás pronto á sufrir la prueba; y yo te enseñaré lo que tienes que hacer para salir bien. En tercer lugar, vendrá el castigo del rey, y entónces tú ya sabrás lo que tienes que hacer.” Mas le habló y le esplicó el potrillo, pero como todo se sabrá despues, reservaremos la conversacion aunque recordando siempre que todo lo que Juanillo hacía en adelante era inspirado por el potrillo.

Juanillo hizo una entrada triunfal en la ciudad. Un pueblo inmenso le seguía dándole vivas y así llegó á palacio. El rey se asomó á los balcones, y desde allí le habló diciendo: “¿Es cierto que traes al negro Horqueta dentro de ese carro?” — “Sí, señor”, contestó Juanillo. “Muy bien”, dijo

el rey, "tú lo dices, pero yo no te creo, ni lo creen tampoco los señores de mi reino. Así, te mandámos que conduzcas inmediatamente tu carro dentro del circo de las fieras, y que allí le ábras en presencia de toda la corte y de todo el pueblo, y de este modo nos convencerémos todos de que en realidad tienes al negro Horqueta dentro de tu carro." — "Está bien" dijo Juanillo, "Voy á cumplir en seguida las órdenes de su majestad"; y haciendo andar sus caballos se dirigió al circo de las fieras.

El circo de las fieras era una especie de plaza de toros, de forma circular, pero como estaba destinada para combates de leones, tigres, osos y elefantes, las barreras tenían una gran altura. La idea del rey era que, encerrados allí, ni Juanillo, ni el negro Horqueta podrian salir; que en-

tónces el negro mataría á Juanillo, y despues era fácil matar al negro Horqueta á pedradas que le tirarían desde los palcos del circo. Qué poco se esperaba el rey, lo que iba á suceder, y á donde le iba á conducir su rabia contra Juanillo!

Todo el pueblo invadió, como por encanto, los palcos del circo, y el rey y los cortesanos ocupaban cada uno el suyo, sin faltar las princesas, que con el corazon palpitante de emocion, habian querido presenciar el triunfo, ó la muerte de Juanillo. Este, de pié al lado del carro, y espada en mano, esperaba que se le diera la órden de abrir. Al fin el rey dió la señal y Juanillo abrió la puerta del carro. De un salto, el negro Horqueta estuvo afuera del carro, y de otro se puso frente á frente de Juanillo blandiendo á dos manos su formidable espadon.



Entonces comenzó un combate horrible, y en el cual Juanillo hubiera salido mal, sino fuera porque el negro estaba ciego de r bia y bastante sin saber lo que hacía de tanto vino que había tomado. Cada vez que el negro le tiraba un hachazo, todos creian que Juanillo iba á morir; pero Juanillo salía siempre salvo, haciendo una gambeta para uno   otro lado, y en seguida her a al negro Horqueta con la punta de su espada. Juanillo hubiera querido darle en el corazon, pero el negro llevaba debajo de la ropa una cota de malla de acero, y pronto vió Juanillo que debía herirle en otra parte. Hacía media hora que peleaban; todo el pueblo seguía con ojos ansiosos   los dos combatientes. Juanillo, tranquilo y sereno como si su vida no corriese tanto peligro, y el negro Horqueta, que estaba cada

vez mas ciego de r bia al ver que Juanillo le pinchaba y él nada podía hacerle. De repente el negro le tira un hachazo furibundo; Juanillo se hace   un lado, y el espadon del negro se entierra silbando en la arena. Entónces Juanillo, con la velocidad del rayo le tira   su vez un terrible hachazo y corta las dos manos del negro Horqueta. " Viva Juanillo! viva!" gritaron todos los concurrentes. El combate estaba terminado, pues Juanillo no tuvo ya dificultad en matar al negro cortándole la cabeza de un mandoble.

En ese momento se oyó la voz del rey que decía: " Todos dan vivas   Juanillo y yo no veo donde est  porque el matador del negro Horqueta ha sido ese negrito que est  ahí en el circo. Yo no creer  que es Juanillo, si no pasa por la prueba del aceite

hirviendo." Todo el pueblo comenzó á gritar que eso era una barbaridad, pero con gran asombro de todos y hasta del mismo rey, Juanillo dijo que pasaría muy gustoso por ella con tal que inmediatamente y allí en el mismo circo, en presencia del pueblo se pusiera á hervir el aceite.

La prueba del aceite hirviendo consistía en que, si una persona era acusada de una mentira, podía descubrirse que era inocente, si esa persona salía viva de un baño de aceite hirviendo. Era tambien creencia popular que si un viejo se metia en un baño igual, despues de haber ejecutado varias ceremonias, este viejo salia jóven y mucho mas buen mozo que antes; pero nunca se había encontrado ningun viejo que se atreviese á hacer la prueba; ni ninguno de los supuestos criminales que habían su-

frido el baño, habían salido vivos de él. Por esto puede ya comprenderse el asombro de todos, cuando Juanillo se prestaba tan gustoso á sufrir la prueba. Pero las mas asombradas eran las princesas, y Matilde sin reparar en lo que dirían, se bajó hasta la arena y abrazando á Juanillo, le preguntó si estaba loco. “No tengas cuidado, mi Matilde”, le dijo Juanillo en voz baja, “todo no es mas que una farsa para engañar al rey. Todos creerán que yo caigo en el aceite hirviendo, pero, en lugar de eso, me volveré una hormiguita con álas, y volaré hasta tu casa donde tú me tendrás todo listo en secreto, para que yo pueda ponerme buen mozo y empaquetarme como un principe. Después volaré hasta aquí y todos creerán que he salido del tacho.” Matilde comprendió todo, y corrió á su casa

para preparar lo que Juanillo le había pedido.

Media hora despues el aceite hervía horriblemente en un tacho grande como un rancho. Juanillo montó en su potrillo y dió siete vueltas al rededor del tacho; en seguida pidió una sábana sin pecar, dió tres vueltas mas, se envolvió en la sábana junto con su potrillo, y, haciendo que este diera un salto, los dos cayeron en el tacho. Pasamos en silencio la hora de tristeza que se siguió; pero, si todos estuvieron tristes, ¡cuál no sería la alegre gritería y los vivas con que Juanillo fué recibido cuando se apareció, mas bello y bien puesto que un sol, y saliendo, al parecer, del tacho! El rey tenía ganas de morirse de rábía. “Sí”, decía entre dientes, “ahora se va á casar con Matilde, y, como yo estoy viejo, pronto me mo-

riré y él será rey." Por fin al rey se le ocurrió, que ya que Juanillo había salido tan buen mozo y paquete del aceite, él tambien haciendo lo mismo se volveria jóven, y no dejaría á Juanillo ocupar su lugar. Con esta idea, mando traer su mejor caballo, dió las mismas vueltas que Juanillo, pidió la sábana sin pecar, siguió dando vueltas, se envolvió en ella y se lanzó al tacho. Y así fué castigado aquel rey perverso, porque, como se pasaba tanto tiempo sin que el rey saliera, vinieron á ver el tacho y se encontraron con que el rey y su caballo se habian vuelto dos chicharrones.

Nadie sintió la muerte del rey, ni sus mismos cortesanos. Todos sobre la marcha proclamaron rey á Juanillo, que, viendo que Matilde le pedia que aceptára, se dirigió al pueblo y le echó un discurso, que no recordamos

todo, pero que, en suma, se reducía á que Juanillo aceptaba, con la condicion de no ser coronado hasta despues de la campaña que iba á emprender contra los ogros.

En seguida, Juanillo preguntó quien quería venir con él á pelear al pais de los ogros, y en un momento tuvo mas de veinte mil hombres.

Aquí concluye nuestra historia.

Juanillo no tuvo mucho trabajo en vencer á los ogros, porque sabía donde estaba cada reunion de ellos, y no les dió tiempo á juntarse, sinó que los fué batiendo en detalle.

Cubierto de gloria y lleno de despojos quitados al enemigo, Juanillo hizo su entrada en la ciudad al son de las campanas que tocaban á vuelo, y ese mismo dia se casó con Matilde y fué coronado rey.

Matilde y Juanillo vivieron muy

felices, y dios les dió hijos que reinaron despues.

El potrillo dejó á Juanillo diciéndole: “Yo soy el ángel de tu guarda y ya no me necesitas; pero aunque no me veas, siempre estaré á tu lado guardándote.”

FIN





# OBRAS DEL MISMO AUTOR EN PREPARACION

GUSANILLO DE LA TIERRA (cuento)  
LA FRAGATA NEGRA (cuento)

## BIBLIOTECA DE RECREO

A 25 centavos el tomo

### TÍTULOS DE LAS OBRAS PUBLICADAS

*Horas alegres. Cuentos raros. Blanca Nieves.*

*El premio de Luisito.*

*La Princesa de los cabellos de oro.*

*La oracion del Padre nuestro.*

*Rafaelito. Aventuras de dos niños.*

*Las hijas del leñador. La Princesa Isabel.*

*El enano encantador. Vida de la Virgen.*

*Despues de la lección. Cuentos escogidos.*

*Soñar despierto. La fuente de oro.*

*El cantor del bosque. La estatua prodigiosa.*

*El principe y la ondina. La fragua encantada.*

*Al calor de una cerilla. Por golosos.*

*La caridad. Mentiras de un cortesano.*

IMPRENTA, LIBRERIA Y PAPELERIA "INTERNACIONAL"

De LUIS ZUFFREY

Calle 7, entre 49 y 50, N° 889, LA PLATA